

Variaciones sobre la paciencia y la parsimonia



**Variaciones sobre
la paciencia
y la parsimonia**

Enero de 2013

Edita:

CONFIAR Cooperativa Financiera

Calle 52 N° 49-40 Tel. 448 75 00

www.confiar.coop

ISBN: 978-958-57673-1-7

Diseño e impresión:

Pregón Ltda.

Se usó papel Propal Beige de 90 gramos
y cartulina de 200 gramos.

El cuadernillo no tiene venta comercial
y es de distribución gratuita.

Contenido

Obertura para una lectura a fuego lento	5
<i>Marco Mejía T.</i>	
Canto XLV: Con Usura.....	9
<i>Ezra Pound</i>	
En el desierto no hay atascos... ..	13
Decrecer, otro modo de vida	21
<i>Juan David Torres Duarte</i>	
Haciendo cositas para aprender cositas.....	29
<i>Ruth Virginia Castaño Carvajal</i> <i>Miguel Monsalve Gómez</i>	

“La tercera piedra después del sol”	35
<i>William Ospina</i>	
El tiempo es la vida	41
<i>Alexander Rocha Sierra</i>	
Ahorro en tiempos de crisis: paciencia y parsimonia	45
<i>José Guillermo Ángel R.</i>	
¿Tiene futuro el humanismo?	55
<i>Carlos Mario González</i>	
Juego y trabajo... trabajo y juego...	71

Obertura para una lectura a fuego lento

Marco Mejía T.

Nada es a la vez tan enigmático y tan cercano como el tiempo. Su comprensión ha ocupado interminables páginas de la filosofía; como imagen es río, es tigre, es rueda, es cronos que devora a sus hijos; como concepto es intuición, realidad, dimensión del ser. Quizás esa ambigua impresión de entenderlo la expresó San Agustín al responder a la pregunta por el tiempo: *cuando no me preguntan lo sé, cuando me preguntan ya no lo sé*. Acaso nuestra mayor certeza sea la del tiempo que pasa, y ese pasar del tiempo lo experimentamos en relación con la prisa o la lentitud, y para ambos casos, la consabida expresión: ¡cómo pasa el tiempo!, aporta la misma utilidad.

No se ocupan estas páginas del tiempo, se orientan sí a disposiciones de la temporalidad: la paciencia y la parsimonia, actitudes que sintetizan y confrontan el vértigo de nuestra época, cuya

voracidad ha inculcado en nosotros la idea de que ya todo sucede bajo el imperio de una rapidez que no da tiempo para nada. Y así vamos, más de prisa que el reloj mismo y, en consecuencia, de tanto afán, nada se logra. O sí, se logra un cierto despilfarro, que integrado al consumo es el causante de una ruina moral bastante extendida por el planeta, en tanto que el mayor despilfarro es el sentido de humanidad que nos ha caracterizado históricamente, y el mayor peligro el posicionamiento de la usura que el poeta Ezra Pound denuncia en sus cantos.

Por lo anterior, el primer desafío que este cuadernillo nos impone es sorber un buen trago de parsimonia y agregar una dosis de paciencia para regalarnos la experiencia de su lectura. La tentativa depara sus sorpresas; al menos la que es transversal en esta antología, es redescubrir que es posible lo que nosotros dábamos por perdido: la sobreabundancia de “silencio y lentitud” que se extiende por el desértico territorio de los tuareg; la dote de juego que tiene el trabajo que desde la mano crea el simple objeto que enriquece nuestro mundo; la vindicación de la frugalidad que sabe poner freno al exceso y otorga a cambio satisfacción en abundancia; el inventario de opciones sobre las cuales lo humano se antepone como el proyecto de universalidad futura; el sutil llamado a nuestra puerta, a la portada del planeta que aún nos sostiene con ejemplar generosidad a

pesar de la depredadora huella humana; la ruta que se entrevé en los modelos de auto-organización, cuya autonomía contrasta con la dependencia de masificación global; y en un ejemplo de aparente anécdota, permitir que la enseñanza mantenga la opción de meter los pies en el barro, darle espacio a la curiosidad para que la experiencia de vele el misterio y salirle al paso al no-misterio de la tecnología, cuya rapidez y afán han llevado a que resuelva todas nuestras inquietudes.

Una observación final, nada más: tome el cuadernillo entre sus manos, tenga la convicción de que es real; lo pregonaba así el poeta Walt Whitman con vital fe: “Quien toca un libro toca un cuerpo”. Rico en lo que es pobreza en la sociedad de consumo, a todo libro le sobra tiempo, y ese tiempo espera por ese lector de fuego lento, quien percibe que, por esa paciente relación del hombre con la lectura, no se está solo en el mundo.

Canto XLV: Con Usura

Ezra Pound

Con usura ningún hombre puede tener una casa
con buenos cimientos
Cada piedra cortada pulida y bien engarzada
Cuyo diseño sea protector

Con usura

Ningún hombre puede tener un paraíso pintado
en los muros de su iglesia
Harpe et luz
O un lugar donde la virgen reciba el mensaje
Y el halo se proyecte en una incisión,

Con usura

Gonzaga no tiene ni herederos ni concubinas
Ninguna imagen está hecha para durar ni para
que ayude a vivir
Sólo son hechas para venderse y venderse rápido

Con usura se peca contra la naturaleza,
Será tu pan como un harapo
Será tu pan seco como el papel,
No habrá abundante cosecha, ni harina fuerte

Con usura la propiedad nos divide

Con usura no hay demarcaciones claras
Y no hay hombre que pueda encontrar lugar
para su morada

Al picapedrero se le quita la piedra
Al tejedor su telar

Con usura

La lana no llega al mercado

Las ovejas no dan ganancia con usura

Usura es peste, la usura

Entumece la aguja en la mano de la doncella

Y detiene la destreza del hilandero.

Pietro Lombardo no fue por la usura

Duccio no fue por la usura

Ni Piero Della Francesca, Zuan Bellini

tampoco por usura fue

Ni La Calunnia fue pintada.

No fueron por usura Angelico, no fue

Ambrosio Praedis,

Ni puede haber una iglesia con un grabado en la
piedra que diga: Adamo me fecit

No fue por usura San Trófimo

No fue por usura San Hilario

La usura herrumbra el cincel
Herrumbra a la artesanía y al artesano
Roe el hilo en el telar
Nadie transforma en oro su diseño,
El azur sufre de cáncer por la usura, el carmesí
es imposible de bordar
El esmeralda no llega a manos de Memling

La usura asesina al niño en el vientre
Impide el cortejo entre jóvenes
Lleva impotencia al lecho, yace
Entre los recién casados

CONTRA NATURAM

Han traído putas para Eleusis
Los cadáveres han sido preparados para el
banquete
Por pedido de la usura.

En el desierto no hay atascos...¹

Moussa Ag Assarid es el mayor de trece hermanos de una familia nómada de tuaregs. Nació al norte de Mali hacia 1975, y en 1999 se trasladó a Francia para estudiar. Es autor de “En el desierto no hay atascos”, donde describe su fascinación y perplejidad ante el mundo occidental.

Tenéis de todo, pero no os basta. Os quejáis. Aquí tenéis reloj, allí tenemos tiempo.

En el desierto no hay atascos, ¿y sabe por qué? ¡Porque allí nadie quiere adelantar a nadie!

A continuación está la entrevista que concedió a La Vanguardia

1 En El Blog Alternativo: ELOGIO DE LA LENTITUD de Carl Honoré: “vivir de prisa no es vivir, es sobrevivir”. Vía entrevista: La Contra de La Vanguardia, 1.º de febrero de 2007. Tienda online: El Jardín del Libro. Pista: Alta EDUCACIÓN

No sé mi edad: nací en el desierto del Sahara, ¡sin papeles...!

Nací en un campamento nómada tuareg entre Tombuctú y Gao, al norte de Mali. He sido pastor de los camellos, cabras, corderos y vacas de mi padre. Hoy estudio Gestión en la Universidad Montpellier. Estoy soltero. Defiendo a los pastores tuareg. Soy musulmán, sin fanatismo.

¡Qué turbante tan hermoso...!

Es una fina tela de algodón: permite tapar la cara en el desierto cuando se levanta arena, y a la vez seguir viendo y respirando a su través.

Es de un azul bellísimo...

A los tuareg nos llamaban los hombres azules por esto: la tela destiñe algo y nuestra piel toma tintes azulados.

¿Cómo elaboran ese intenso azul añil?

Con una planta llamada índigo, mezclada con otros pigmentos naturales. El azul, para los tuareg, es el color del mundo.

¿Por qué?

Es el color dominante: el del cielo, el techo de nuestra casa.

¿Quiénes son los tuareg?

Tuareg significa “abandonados”, porque somos un viejo pueblo nómada del desierto, solitario,

orgullosos: “Señores del Desierto”, nos llaman. Nuestra etnia es la amazigh (bereber), y nuestro alfabeto, el tfinagh.

¿Cuántos son?

Unos tres millones, y la mayoría todavía nómadas. Pero la población decrece... “¿Hace falta que un pueblo desaparezca para que sepamos que existía!”, denunciaba una vez un sabio: yo luché por preservar este pueblo.

¿A qué se dedican?

Pastoreamos rebaños de camellos, cabras, corderos, vacas y asnos en un reino de infinito y de silencio...

¿De verdad, tan silencioso es el desierto?

Si estás a solas en aquel silencio, oyes el latido de tu propio corazón. No hay mejor lugar para hallarse a uno mismo.

¿Qué recuerdos de su niñez en el desierto conserva con mayor nitidez?

Me despierto con el sol. Ahí están las cabras de mi padre. Ellas nos dan leche y carne, nosotros las llevamos a donde hay agua y hierba... Así hizo mi bisabuelo, y mi abuelo, y mi padre... Y yo. ¡No había otra cosa en el mundo más que eso, y yo era muy feliz en él!

¿Sí? No parece muy estimulante.

Mucho. A los siete años ya te dejan alejarte del campamento, para lo que te enseñan las cosas

importantes: a olisquear el aire, escuchar, aguzar la vista, orientarte por el sol y las estrellas... Y a dejarte llevar por el camello: si te pierdes, te llevará a donde hay agua.

Saber eso es valioso, sin duda...

Allí todo es simple y profundo. Hay muy pocas cosas, ¡y cada una tiene enorme valor!

Entonces este mundo y aquél son muy diferentes, ¿no?

Allí, cada pequeña cosa proporciona felicidad. Cada roce es valioso. ¡Sentimos una enorme alegría por el simple hecho de tocarnos, de estar juntos! Allí nadie sueña con llegar a ser, ¡porque cada uno ya es!

¿Qué es lo que más le chocó en su primer viaje a Europa?

Vi correr a la gente por el aeropuerto. ¡En el desierto sólo se corre si viene una tormenta de arena! Me asusté, claro...

Sólo iban a buscar las maletas, ja, ja...

Sí, era eso. También vi carteles de chicas desnudas: ¿por qué esa falta de respeto hacia la mujer?, me pregunté... Después, en el hotel Ibis, vi el primer grifo de mi vida: vi correr el agua... y sentí ganas de llorar.

Qué abundancia, qué derroche, ¿no?

¡Todos los días de mi vida habían consistido en buscar agua! Cuando veo las fuentes de adorno aquí y allá, aún sigo sintiendo dentro un dolor tan inmenso...

¿Tanto como eso?

Sí. A principios de los noventa hubo una gran sequía, murieron los animales, caímos enfermos... Yo tendría unos doce años, y mi madre murió... ¡Ella lo era todo para mí! Me contaba historias y me enseñó a contarlas bien. Me enseñó a ser yo mismo.

¿Qué pasó con su familia?

Convencí a mi padre de que me dejase ir a la escuela. Casi cada día yo caminaba quince kilómetros. Hasta que el maestro me dejó una cama para dormir, y una señora me daba de comer al pasar ante su casa... Entendí: mi madre estaba ayudándome...

¿De dónde salió esa pasión por la escuela?

De que un par de años antes había pasado por el campamento el rally París-Dakar, y a una periodista se le cayó un libro de la mochila. Lo recogí y se lo di. Me lo regaló y me habló de aquel libro: El Principito. Y yo me prometí que un día sería capaz de leerlo...

Y lo logró.

Sí. Y así fue como logré una beca para estudiar en Francia.

¡Un tuareg en la universidad!

Ah, lo que más añoro aquí es la leche de camella... Y el fuego de leña. Y caminar descalzo sobre la arena cálida. Y las estrellas: allí las miramos cada noche, y cada estrella es distinta de otra, como es distinta cada cabra... Aquí, por la noche, miráis la tele.

Sí... ¿Qué es lo que peor le parece de aquí?

Tenéis de todo, pero no os basta. Os quejáis. ¡En Francia se pasan la vida quejándose! Os encadenáis de por vida a un banco, y hay ansia de poseer, frenesí, prisa... En el desierto no hay atascos, ¿y sabe por qué? ¡Porque allí nadie quiere adelantar a nadie!

Relátame un momento de felicidad intensa en su lejano desierto.

Es cada día, dos horas antes de la puesta del sol: baja el calor, y el frío no ha llegado, y hombres y animales regresan lentamente al campamento y sus perfiles se recortan en un cielo rosa, azul, rojo, amarillo, verde...

Fascinante, desde luego...

Es un momento mágico... Entramos todos en la tienda y hervimos té. Sentados, en silencio,

escuchamos el hervor... La calma nos invade a todos: los latidos del corazón se acompañan al pot-pot del hervor...

Qué paz...

Aquí tenéis reloj, allí tenemos tiempo.

Decrecer, otro modo de vida

Juan David Torres Duarte

Consumir menos, compartir más: eso afirma esta corriente con partidarios y contradictores alrededor del mundo.

Serge Latouche, hoy un hombre de barba blanca con remanentes oscuros aquí y allá, economista y profesor emérito de la Universidad París Sud 11, fue a Laos en 1966 o 1967. Hasta ese momento, Latouche pensaba en la economía mundial como un mecanismo de desarrollo constante, en el que todas las piezas unidas buscaban el progreso. Sin embargo, lo que encontró en Laos lo obligó a modificar su perspectiva.

Allí conoció una sociedad por fuera de la inmensa rueda del progreso y el desarrollo, que no estaba ni del lado socialista ni del lado capitalista. Era una sociedad que plantaba arroz glutinoso y pensaba en el modo de alimentar y hacer crecer sus cultivos;

que vivía de la naturaleza y la respetaba. De eso trataba su vida. “Un país fuera del tiempo —dijo Latouche en entrevista con la revista española *Papeles*— donde la gente era feliz, todo lo feliz que puede ser un pueblo”.

Pero el economista francés sabía que, tarde o temprano, por efecto de los avances tecnológicos y la carrera imparable de las industrias, dicha sociedad quedaría envuelta en los modos de vida occidentales: industrializar, producir, consumir.

Por esa razón, pensó que sería necesario plantear una teoría contra el desarrollo tal como hoy lo ven los economistas más ortodoxos. Autor, entre otros, de *La occidentalización del mundo* (1989) y del *Pequeño tratado del decrecimiento sereno* (2007), Latouche siguió estudiando y acudiendo a nuevos textos, y en 2001 logró reunir a 700 personas en la Unesco para proponer una idea que unos años atrás quizá habría pasado desapercibida: que la sociedad consuma menos y lleve una vida más sobria y más tranquila, tomando en cuenta la producción, pero sobre todo tomando muy en serio los asuntos básicos de la existencia.

Y fue entonces que su teoría —junto con las observaciones anteriores de otros economistas como Nicolás Georgescu— tomó un nombre: el decrecimiento.

¿Qué es el decrecimiento?

“Ya es hora de deshacernos de la obsesión por la velocidad y de partir a la reconquista del tiempo y, por lo tanto, de nuestras vidas —asegura Latouche—. ¡El hundimiento se acerca peligrosamente, por lo que ha llegado el momento del decrecimiento!”. Latouche espeta sus afirmaciones apocalípticas de modo suave, sin levantar demasiado la voz, aunque con una sonrisa a medias. Así explica de qué se trata el decrecimiento, un lema “provocador”.

Decrecer no es, dice, permitir que el mundo se destruya, decaiga y desaparezca. El hombre de barba entrecana parte de una base: el mundo tiene recursos limitados. Decrecer es aceptar que la economía tiene unas fronteras bien dibujadas —por ejemplo, el fin del petróleo—, y que la sociedad debe fijarse más en el bienestar de sus individuos que en la acumulación de bienes. En hablar más con sus hermanos y compartir más con su familia que en comprar un iPod que sólo durará un par de años. Tener más no es símbolo de felicidad, afirma Latouche. Decrecer es, concluye, volver a una vida sencilla en equilibrio con la naturaleza.

La barbarie

Dos años después de la reunión en la Unesco, Latouche publicó un artículo en el periódico

francés *Le Monde Diplomatique*, titulado “Pour une société de décroissance” (Por una sociedad del decrecimiento), donde explica en detalle los principios de su filosofía. “Una sociedad de crecimiento está dominada por una economía de crecimiento y se deja absorber. El crecimiento por el crecimiento se convierte en el objetivo primordial, si no el único, de la vida. Una sociedad así no es sostenible, porque se enfrenta a los límites de la biosfera”.

Fue también en 2003 que él y otros estudiosos crearon la Red de Objetores del Crecimiento por un Postdesarrollo (Rocade, por sus siglas en francés). De ese mismo modo nació el Instituto de Estudios Económicos y Sociales por el Decrecimiento Sostenible (IEESDS), que insiste en la necesidad de aplicar esta teoría.

Así, afirma Latouche, es necesario revivir otras dimensiones de la vida. “Recuperar una relación sana con el tiempo consiste sencillamente en volver a aprender a vivir en el mundo —afirmó en *Papeles*—. Conduce, por lo tanto, a liberarse de la adicción al trabajo para volver a disfrutar de la lentitud, redescubrir los sabores vitales relacionados con la tierra, la proximidad y el prójimo”.

Latouche dice que si no hay una sociedad del decrecimiento sólo habrá barbarie. No hay más camino. El capitalismo, asegura, no terminará

cuando se agoten las industrias y decaigan los bancos y la economía, porque todos seguirán buscando una solución a partir del capitalismo. Debe haber un cambio de fondo.

De continuar así, afirma el economista, para 2050 la Tierra no resistirá la demanda de los seres humanos. Contrario a Steven Pinker, psicólogo experimental y autor de *La tabla rasa*, quien piensa que el mundo de hoy es mucho mejor que el de ayer, Latouche asegura que el mundo de mañana, a la velocidad “esquizofrénica” con que se lanza por la conquista del progreso, será un desastre.

Crear una nueva sociedad

Aun así, la sociedad del decrecimiento no desdeña el desarrollo. Lo acepta siempre y cuando conviva con la naturaleza y la utilice de modo organizado, sin dominarla ni acabarla. La idea no es dejar de producir, dice, sino que la producción no sea el valor único que se extienda por el mundo.

“Nuestros gobiernos —asegura Latouche en la página web Integral— están cerca de la esquizofrenia porque saben perfectamente que el sistema camina hacia el colapso. El síntoma más evidente es el cambio climático, pero también la extinción acelerada de especies, la propagación de enfermedades relacionadas con la contaminación y el declive que a la larga comportará el fin del petróleo”.

¿Qué habría que hacer, entonces, si la sociedad quiere convertirse al decrecimiento? El decrecimiento, con Latouche a la cabeza, propone el plan de las “ocho erres”: reevaluar, reconceptualizar, reestructurar, relocalizar, redistribuir, reducir, reutilizar y reciclar. En entrevista con el portal español Ecologistas en acción, dice: “El ser humano debe encontrar otro sentido, de tal forma que camine en armonía con la naturaleza, a la que pertenece”.

Políticos y periodistas han criticado los planteamientos de los partidarios del decrecimiento, acusándolos de ir en contra del curso normal de la sociedad. El expresidente de Francia, Nicolás Sarkozy, aseguró en 2010 que la “ideología” del decrecimiento “quiere mantener a los pobres en la pobreza”.

Los afiliados al decrecimiento, por su parte, plantean varios escenarios. La página del IEESDS afirma que buscan que el trabajo sea de calidad, igualitario. Anotan que el decrecimiento no es bolchevique ni fascista, y que supera cualquier color político. Incluso proponen que sólo existan ambulancias y carros de bomberos, pues el acceso a los vehículos particulares, a causa del costo energético, es insostenible.

Latouche también hace algunas propuestas: dar trabajo a todo el mundo, trabajar menos tiempo a diario, tomar yogurt de la vaca del vecino, eliminar la televisión. Advierte, eso sí, que el

cambio será lento y que “queda mucho por hacer”. Que el decrecimiento permitirá equilibrar la brecha entre ricos y pobres; que es un proyecto ecológico y socialista, y que cada país deberá ver cómo se adapta al cambio, cómo equilibra su consumo, cómo aprovecha su propia naturaleza sin aniquilarla. “Espero —dice— que sea la revolución del siglo XXI”.

Haciendo cositas para aprender cositas

Ruth Virginia Castaño Carvajal
Docente del Colegio Colombo Francés

Miguel Monsalve Gómez
Maestro Universidad Nacional de Colombia

Transcurría el encuentro anual del Seminario de Maestros y Maestras Gestores de Nuevos Caminos en la Universidad de San Buenaventura. El tema central del encuentro era visibilizar experiencias pedagógicas vividas en la práctica escolar, y esa tarde asistíamos a las diferentes exposiciones de maestros y estudiantes que socializaban su trabajo.

Nicolás y Mateo, estudiantes del grado séptimo del Colegio Colombo Francés, nos habían deleitado ya con su exposición cartográfica y meteorológica. Comenzaron dialogando: Mateo le pregunta a Nicolás: “¿dónde queda el río Magdalena?”, y le

pide que se lo muestre en el mapa. Nicolás entonces muestra que, en el mapa que cuelga de la pared del salón, el río Magdalena corre hacia arriba, y le señala, haciendo el recorrido con el dedo, que el río va de adentro hacia afuera hasta llegar arriba. Luego, descuelgan el mapa, lo colocan sobre la mesa y lo orientan con el norte geográfico diciendo: “estamos aquí”, mientras con los pies tocan el piso, “aquí en el planeta Tierra”. Nos hablan entonces de los fluidos, señalan un vaso que está encima de la mesa, y que hace parte de los objetos que va a utilizar el profesor John en la exposición siguiente, y dicen: “eso es un fluido”. Hablan del agua, del aire y de la estación meteorológica que se instaló el año anterior en el Colegio. Muestran diapositivas de la garita y de la sistematización de los datos de pluviosidad, temperatura mínima y máxima, humedad relativa (“aquí hay agua”, dicen, mientras con las manos delimitan un volumen de aire delante de ellos) y presión atmosférica. Y retomando la conversación entre ellos, se preguntan: “¿Dónde hierve más rápido el agua, en Cartagena o en el Colegio, a 1.720 metros de altura sobre el nivel del mar?”. Y sin ninguna intención de verdad absoluta plantean hipótesis de acuerdo a sus concepciones. “Uno piensa que en Cartagena hierve más rápido porque es más caliente, mientras que en el Colegio hace más frío...”, y cierran el tema diciendo: “Ahí les queda la inquietud”, esbozando una sonrisa. Despliegan

en el piso un metro cuadrado, formado por cien decímetros cuadrados de cartón paja, con un espesor de un milímetro, y muestran cómo cuando en un pluviómetro cilíndrico cae una pluviosidad de un milímetro, en un metro cuadrado cae un decímetro cúbico de agua, es decir, un litro, mientras recogen el metro cuadrado de cartón paja y lo transforman en un decímetro cúbico. Y un tercer compañero, silencioso, acompaña con la disposición de los objetos de acuerdo al momento de la exposición: los mapas, los pluviómetros, el globo terráqueo, brújulas, rosa de los rumbos... Fue una puesta en escena con el telón abierto, todo estaba en la superficie en diferentes planos visibles.

Luego, el turno le correspondió a John Henao, profesor de Matemáticas y Física de la Institución Educativa Doce de Octubre, quien comenzó a relatar su experiencia pedagógica en la apropiación de conceptos físicos mediante la realización de experiencias y experimentos. Hizo unas reflexiones iniciales sobre el trabajo con los muchachos, y destacó la importancia de la exploración de fenómenos y su consiguiente elaboración teórica y matemática, resaltando que “no siempre es fácil” posibilitar que los muchachos manipulen objetos y realicen experiencias, ya que puede generar desorden en la clase. Hablaba de “construir unas reglas mínimas” que posibiliten la libertad de exploración manteniendo las actividades del grupo en un “ambiente de seguridad”, y alternando

trabajo en pequeños grupos con manipulación de objetos en tiempos convenidos y procesos de reflexión colectiva orientados por el maestro. Nos habló de lo importante que era para él escribir, dibujar, hacer representaciones, “entender”. Decía John que los muchachos necesitan el maestro en la definición de las relaciones matemáticas presentes en el fenómeno vivido, y de ahí la importancia de ese cambio de escala: del “hagan” en pequeños grupos al “hagamos” en el tablero, para todos, y estimular la escritura por parte de los muchachos. A continuación, John realizó experiencias en vivo propiciando y estimulando la interacción con objetos, orientadas a la percepción de la presión atmosférica, entre otros. Vimos a un maestro apasionado con su oficio, dándoles vida a los objetos y jugando e invitando a jugar con ellos, mientras narraba las experiencias vividas con los estudiantes.

Nosotros, como parte del público, estábamos expectantes. Habíamos seguido paso a paso las exposiciones de los estudiantes y del maestro. La participación del público se mantuvo latente. Un maestro de la Institución Educativa José Félix de Restrepo expresó: “¡Home no! En vez de estar haciendo cositas para aprender cositas, nosotros en la institución simulamos experimentos en computador que dan exactos, los resultados obtenidos son precisos y no se tienen las imprecisiones de los fenómenos reales. Bueno,

nosotros en la institución tenemos unas salas de computadores muy bien dotadas, y nos evitamos todo ese traumatismo de la realización de las experiencias y todo funciona bien”. Los maestros asistentes estaban indignados, los murmullos, casi a punto de una manifestación, varias manos se levantaron pidiendo la palabra y se oyeron voces de apoyo al trabajo experimental en el aula de clase, experiencias que conectan al estudiante con el mundo y le abren posibilidades de desarrollar habilidades y motivaciones para el aprendizaje. En ese momento se recordó la distinción que hace Jorge Larrosa entre un saber de experiencia y un saber de información. Quedó planteado el problema de la utilización de los computadores en los procesos de simulación de los fenómenos físicos como una alternativa por explorar, y se reafirmó lo valioso de “hacer cositas para aprender cositas”, como nos habían mostrado los muchachos y el maestro John.

“La tercera piedra después del sol”

William Ospina

*Dicen en Oriente que la ilusión de ser algo
aislado e independiente es la más nociva de las
ilusiones del hombre.*

¿Cómo podría ser algo aislado el que necesitó de la conjunción de dos seres para existir, de un vientre humano para gestarse, de un pecho materno para aprender el don de los alimentos terrestres? ¿Cómo podría ser algo independiente el que no puede dejar un minuto de respirar el aire del mundo?

¿Qué es el aire? decimos, creyendo preguntar por algo ajeno. Y Novalis contesta: “el aire es nuestro sistema circulatorio exterior”. Pero también el agua forma parte de nuestro sistema circulatorio exterior; y las verduras, los frutos, los cereales se convierten en nosotros en vida, en deseos y pensamientos.

¿Qué escuela sabe enseñarnos esa intimidad con el mundo? ¿Ese saber minucioso de objetos, bienes, texturas, sabores, aromas, goces, alimentos, bálsamos y remedios? Mucho antes de la escuela ya hemos comenzado o perdido los más hondos aprendizajes.

¿Quién sabe enseñarnos qué parte de nuestra esencia humana son los ríos y el musgo, la lluvia y el verano? ¿Quién nos enseñará la prudencia, la paciencia, la lentitud, el arte de volver a empezar? ¿Quién nos hará saber que en nuestras respuestas instintivas tal vez estén convulsiones y miedos que no son estrictamente humanos: el giro del pez en el fondo del mar, la reacción del reptil ante lo que avanza, el temor y la tentación del pichón en la punta de la rama?

Hölderlin sintió que nada es tan profundo como celebrar y agradecer. El que aprende a celebrar las cosas del mundo y a agradecerlas está en camino de ser humano y de ser ciudadano. Y esto es importante porque desde hace algún tiempo, como parte de este mero carnaval del crecimiento y la productividad que se ha apoderado del mundo, cada vez quieren más que seamos operarios y administradores, contadores y funcionarios, pero no parece haber suficientes instituciones interesadas en que seamos responsables ciudadanos y verdaderos seres humanos.

Ya no pensamos sólo en los derechos del hombre: somos capaces de sentir amor y compasión por

los animales, cordialidad por el mundo natural, respeto por el equilibrio planetario. Pero cuanto más avance esa globalización que a veces parece sólo una estrategia de mercado, más importante será la necesidad de que cada persona tenga una conciencia planetaria, sienta deberes y responsabilidad con el globo.

Nuestros cuerpos están diseñados por este planeta: nuestro peso, nuestro sistema alimenticio y respiratorio, nuestra locomoción, nuestra vista, nuestros músculos, todo corresponde al mundo en que hemos nacido, y somos no sólo huéspedes del mundo sino una síntesis de lo que hay en él: sus aires nos dan vida, la distancia del sol es la adecuada para nuestra existencia, el rumor de su lluvia nos arrulla y, en suma, como decía Wordsworth, “hay bendiciones en esta suave brisa”. Hijos de “la tercera piedra después del sol” (la expresión es de Stephen Hawking), sólo en ella tendremos siempre nuestra morada.

Pero vivimos como si no lo supiéramos. Degradamos la atmósfera, arrasamos las selvas, envilecemos el océano, permitimos que nuestras industrias alteren el clima. Hace 70 años creíamos que los recursos eran inagotables, que la acción del diminuto ser humano no podía alterar el equilibrio del mundo. Gradualmente hemos sido testigos del despertar de fuerzas huracanadas. En cierto modo somos como dioses, con nuestro saber científico y nuestro poderío técnico, pero cuán primitivos

en la capacidad de moderar nuestros apetitos y de respetar los fundamentos del mundo.

Se diría que la ciencia y la técnica andan a saltos de liebre, pero nuestras filosofías y nuestra moral, que deberían marcar la pauta de la historia, van a paso de tortuga, o tal vez retroceden. Los modelos de educación parecen haber renunciado a grandes sabidurías de la tradición, sólo atienden las urgencias del rendimiento pero no saben responder a los desafíos que el presente formula.

No podemos resignarnos a tener millones y millones de operarios ignorantes, unos cuantos cerebros electrónicos y unos cuantos gerentes gobernando el ritmo de la especie. La democracia es nuestro deber, pero no una democracia de publicistas y manipuladores; no una democracia de políticos ambiciosos y muchedumbres seducidas; no la democracia del doctor Frankenstein y del Hombre Invisible.

Nunca necesitó tanto la humanidad parecerse al hombre del Renacimiento que ejemplificaron Leonardo da Vinci y León Battista Alberti; meditado por Montaigne y descrito por Hamlet. Pero por el poder del lucro que arrastra la economía, la ambición que gobierna la política, la fascinación del espectáculo, la moda y la novedad que rigen a los medios, quieren que seamos sólo pasivos operarios, pasmados espectadores, incansables consumidores de mercancías e información.

Tardamos en aprender a ser parte responsable y agradecida del mundo, y nadie sabe qué es lo que hay que transmitir a las siguientes generaciones. Porque nuestros empresarios sólo creen en el presente, nuestros políticos sólo creen en la siguiente elección, nuestros científicos sólo creen en su particular disciplina, y nadie parece creer de verdad en las generaciones que vienen y en el mundo que vamos a dejarles. Como dicen los versos de un poeta caribeño: “Cae la noche sin que nos hayamos acostumbrado a estas regiones”.

El tiempo es la vida

Alexánder Rocha Sierra

Tenía razón Gibran: Me creen loco porque no cambio mis días por oro. Los creo locos por creer que tienen precio.

Esta cultura, como sin querer queriendo, enaltece y padece tanto a los voladores como a la eyaculación precoz porque su plata es ya plata quemada. No podría ser de otra manera: se intercambian violadores y voladores, se intercambian precoces y seres sin compromiso en la palabra. Este tipo de velocidad te maltrata hasta el punto de que por agotamiento te mata. La factura de esta usura hace de la vida basura y de la manía la superficie de la depresión.

¿Cómo vas, entonces, a reencontrar tu conexión que es tu capacidad de reflexión, de moderación, de atemperación y con ello, sintonizarte con tu centro para forjar tu carácter y tu templanza? Puedes comenzar por re-conocer te en tus múltiples

facetas sin mirarte con los lentes de la perfección. Vuelve sobre ti con mirada compasiva para poder comenzar a comprenderte, aceptarte, acogerte. Tentarás tu pasión a través de tu inspiración en medio de lodos y lotos que son encrucijadas y paradojas, sublimes y macabras. Será esencial despojarte del morral con rocas que te clava a *la mortandad de una moral para el trabajo* y te irás alzando, irguiendo, *sintiendo el encanto y el canto que conllevan el arte encontrando con una ética para la vida.*

El maestro mandó llamar a ambos para su prueba final. Uno de ellos no pudo dormir, el otro incluso roncó, cosa que jamás le había pasado. Ninguno de los dos había atravesado el abismo sobre la cuerda floja. El primero, efectivamente, cae al vacío. El otro, contempla el paisaje, acaricia las nubes, mira atrás para despedirse con gratitud de sus antiguos compañeros y llega silbando a la otra orilla. Allí pudo leer dos palabras talladas en roble: *Paciencia y Parsimonia*. Las pudo leer porque ya las había encarnado. La dama que lo esperaba sería su maestra: le regaló una sonrisa y un inmenso abrazo por su confianza.

Ésta es una de las tantas leyendas de quien caminó, hace ya varios siglos, sobre el filo de la navaja. A quien no se ha despojado de lo arbitrario, de lo autoritario y de lo sanguinario que arrastra a los excesos y, por ende, a los extremos, no le pueden ser develadas las comprensiones

fecundas y voluptuosas de estas dos palabras. La develación básica consiste en comprender qué es falso, que sean falsas, son de las poquísimas *cositas* verdaderas sobre la faz de esta tierra. Y, seguidamente te ofrenda un regalo: tu respiración al compás del viento es el puente entre tu cuerpo y tu alma, entre la materia y el espíritu. Es una de las claves para atravesar el abismo, porque es la clave para conectar el maestro que es tu espíritu y la materia que es tu maestra. El espíritu te otorga comprensión, sentido y horizonte. Que la materia te sonría y te abrace equivale a que ahora te sabes acercándote a la prosperidad.

Y agrega todavía más: Sabrás antes de todo ello que *la Paciencia es un frondoso árbol de raíces muy amargas y frutos deliciosamente dulces*. Prepararás Té de Templanza con sus raíces y, con sus frutos, flores horarias. En este herbario sabes con conocimiento de causa que *la paciencia tiene más poder que fuerza*. Es el fuelle con el cual esculpes tu carácter. Se puede entender ahora más fácil la Parsimonia: no es avaricia ni resignación, sino paso pragmático a la acción. Es, en sentido estético, vanguardia minimalista que aboga por la preciosidad en los detalles y la austeridad en su aerodinámica: *Lo que me atrae es la curva libre y sensual, no el ángulo oblicuo*, decía Niemeyer.

Sólo hace falta que —parsimonioso y juguetón— seas el arco y la flecha, para que tú, lanzador —con acecho y paciencia— des en el blanco que

es el justo centro de tu existencia. Quedan atrás el despojo y la sequía, la ruina y la esterilidad, queda atrás tu pequeño mundo y tu inmensa sed de vida, te encuentras con el vasto mundo y su infinito de posibilidades sucediéndose en paisajes sin peajes, en personas sin ambages, en relaciones sin maldiciones. Te sumerges en aquello que hace tanto te reclama y, *si te preguntan de dónde vienes, sueles expresar: sucede...* pues ahora sabes que el tiempo es tu vida, donde comenzamos a tentarnos, olfatearnos a la manera de sabuesos que andan tras sus huesos, sus médulas, su espíritu... La generosidad es ya apertura, expansión, propagación, asombro y júbilo. Ni antes ni después, en el momento justo cruzas definitivamente el puente y te abrazan sonriendo los pioneros de Rochdale.

**Ahorro en tiempos de crisis:
paciencia y parsimonia**
*(De cómo persistir
en creer en ser humanos)*

José Guillermo Ánjel R.

*El hombre representativo vive la vida y piensa
los pensamientos de esta mente universal (el
mundo) más que los de su yo particular.*

Ralf Waldo Emerson

Anotaciones previas

La incapacidad de ver más allá de lo que las minas de oro proveen. Y es claro: las minas de oro sólo crean pobreza, en cuanto es un metal por el cual dan dinero pero que poco desarrolla inteligencia práctica. Es decir, con el oro aparece la noción de gran oportunidad (mucho dinero de una vez), pero no de recursividad y creación de nuevos elementos que permitan crear mercados, autoabastecerse,

ahorrar y desarrollar nuevo conocimiento. Las minas de hierro y las de cobre, al revés de las del oro y el carbón, llevaron a que las comunidades crearan herramientas con estos materiales, y al crearlas, trabajar la tierra, construir herramientas, mejorarlas y establecer criterios de competitividad, ya en las mejoras de su uso (tecnología), ya en el intercambio y mejora de las condiciones de la zona.

Benjamin Franklin, uno de los pilares de la revolución norteamericana, se preocupó por la industria, la enseñanza, la lectura, la electricidad y, principalmente, por el ahorro. En el libro *El hombre de bien*, Franklin enseña a ahorrar. Partiendo de la frase de “cómo mantener siempre dinero en el bolsillo”, establece que un ser humano puede vivir bien (sin que nada básico le falte) si consume tres cuartas partes de lo que necesita, ahorrando la cuarta parte sobrante. Así, si se va a comer cuatro papas, con tres basta y le sobra la cuarta. Si se bebe tres tragos de agua en lugar de cuatro, la satisfacción es la misma. Si come cuatro veces al día, con que coma tres es suficiente.

La tesis de la cuarta parte (1/4) menos enriqueció a muchos norteamericanos y creó un país con el suficiente excedente de producción para ser potencia económica. Y no por dejar de consumir esa cuarta parte pasó nada, por el contrario, la gente se hizo austera y, en esa austeridad, industrial, recursiva y moral (de buenas costumbres).

John Maynard Keynes, el gran economista inglés (hoy muy en boga debido a la crisis económica), establece que todo ingreso debe ser igual a consumo más ahorro ($I = C + A$). Y que el ingreso tiene sentido cuando se puede ahorrar. Así, el consumo debe ser racionalizado (optar por lo estrictamente necesario), a fin de lograr un monto libre que pueda permitir invertir y, con base en la inversión, lograr una mejor calidad de vida. Y aclaro, la calidad de vida no la da el consumir sino el estar bien con los demás. Como dice Erich Fromm en *Tener y ser*, no son las cosas las que nos enriquecen, es el saber para qué sirve aquello que tenemos. La cosa en sí no significa nada; es su uso lo que en realidad la representa. Y a un mejor uso, un mayor valor de la cosa que tenemos. Ya que la cosa no es la apariencia, sino la servidumbre que le presta al ser humano cuando la entiende. Es decir, algo vale en la medida en que beneficia a quien lo usa. Y el beneficio de algo no es la apariencia, es el uso al cien por ciento, evitando el desperdicio.

Sobre los consumos y los ahorros

Es claro que vivimos en una sociedad consumista, que centra su actividad no sólo en consumir sino en los últimos modelos o en la moda. Peter Singer, filósofo australiano, dice que hace cincuenta años era inmoral no acabar una camisa o un par de zapatos del todo. Y con esto quiere decir que la relación costo-beneficio estaba centrada en la

total utilización de algo, hasta finalizarlo. Pero en el mundo moderno, compramos pero rara vez terminamos eso que compramos. Y no lo terminamos porque alguien dice que ya no está de moda o porque salió un último modelo. Y en el afán de tener lo último (que no es necesariamente lo mejor), hacemos que el ingreso se desborde en el consumo, impidiendo ahorrar. O lo que es peor, quedando endeudados y, así, imposibilitados para cualquier ahorro.

En la sociedad en que vivimos, las relaciones se median por el consumo. Y el gasto social (ese que tenemos por salir a la calle y encontrarnos con otro consumiendo), nos ha empobrecido al punto de ejercer un tremendo sentimiento de pobreza, que no es pobreza sino impedimento para consumir aquello que no nos es estrictamente necesario.

¿Cuánto necesita consumir un ser humano para estar bien? Las sociedades frugales (en especial las europeas), establecen de manera muy clara que el consumo nace de tres aspectos: consumir lo que soy capaz de hacer (conservas, tejidos, bordados, muebles, etc.); consumir lo que otros hacen para que yo pueda hacer lo mío (usar los productos de otros como insumos para hacer lo que me es necesario: fideos, hilos, botones, telas, por ejemplo), y consumir lo que necesito para trabajar y, en determinados momentos, relacionarme con los demás (como es el caso de fiestas, encuentros y otros).

Una sociedad que es frugal no es avara, es pragmática. Frugalidad es la adquisición de bienes y servicios de manera comedida y recursiva usando bienes y servicios propios para conseguir objetivos a largo plazo. Es decir, hace uso de prácticas lógicas que evitan empobrecerla y en las que sentirse útil es necesario, ya que es la utilidad (nuestra capacidad de responder al mundo) lo que nos permite ejecutar una acción y mejorarla en la medida en que la repetimos, logrando así una gran capacidad de ahorro en esfuerzos y materiales. Estas sociedades frugales o austeras (de uso racional de lo que tienen) no dependen exclusivamente del dinero, sino de lo que se puede hacer con el dinero, y generar un ahorro.

Calvino, el gran reformador protestante, establece que el hombre austero está en comunicación con el mundo, en tanto las cosas que existen son austeras a lo largo de su existencia. Y su austeridad no consiste en ayunar sino en usar debidamente lo que requieren para ser las que son y no otra cosa. Así, la planta reclama una cantidad determinada de agua, si consume más agua de la necesaria, se pudre. Igual pasa con los felinos (el mejor ejemplo es el gato), que racionalizan los consumos para que nunca les falte que comer el día de mañana. Un gato no se come todo lo que le ponen, establece que hay un futuro y por lo tanto siempre guarda algo. Igual pasa con los leones y los tigres. Estos animales, que viven en condiciones difíciles, nunca

matan más de lo que necesitan y, en ocasiones, cuando los rebaños de los que se alimentan están disminuidos, esperan a que estos últimos crezcan para regresar de nuevo a sus consumos habituales.

La austeridad calvinista (la que ha permitido el desarrollo de Holanda, Francia, Alemania y Bélgica), no llama a la avaricia sino a guardar la cuarta parte de la que hablaba Franklin. Y a aprender de las cosas existentes, que nunca abusan de lo que consumen y, cuando la situación está difícil, optan por consumir menos para ahorrar. Es decir, usan la *parsimonia*, que es frugalidad y moderación en los gastos. Y es esta parsimonia la que genera la paciencia, pero entendiendo por paciencia no el esperar a que las cosas se sucedan, paciente es quien recibe la acción del verbo. Soy paciente cuando camino, ya que recibo la acción de caminar. Soy paciente de comer cuando como y de trabajar cuando trabajo. Y el verbo (la acción), es lo que me permite encontrar la mejor forma de hacerlo, no sólo de manera más efectiva y eficiente, sino ahorrando.

El ser humano es el que ahorra

Friedrich Nietzsche establece que hay dos espacios: el dionisiaco (el desorden) y el apolíneo (el orden), que conviven permanentemente a fin de no perder el sentido de la realidad. Así, cuando el orden no procura ir más allá, es necesario el desorden. Y

cuando el desorden lo confunde todo, hay que regresar al orden. De igual manera, Karl Marx decía que el hombre es el único animal que se construye sobre sí mismo, logrando mejorar lo que ha aprendido y reconociendo errores para no volver a caer en ellos. En ambos autores vemos a un ser humano que gana humanidad en cuanto mejora sus condiciones anteriores y racionaliza las existentes, teniendo en cuenta que hay un afuera que tiene errores y por ello hay que corregirlos.

En la filosofía, que los griegos definían como ese sistema que nos permite vivir mejor, la propensión a desbordarnos siempre ha sido mirada como una pasión (algo que se sale de la razón) que causa dolor. Y la pasión nace cuando el deseo se pone por encima de las posibilidades, y nos desborda y frustra, ya que un deseo desmesurado sólo puede generar dolor (frustración), como decía Baruj Spinoza. Y si bien el deseo es necesario (es un pasar de la potencia a la acción), ese deseo debe estar mediado por la medida y la templanza, pues no podemos solo desear (como sucede hoy, de aquí la continua insatisfacción), sino lograr algo que podamos controlar. Es decir, eso que tenemos debemos situarlo en sus reales posibilidades y sacar de ahí el mayor provecho en tiempo y uso. Un libro no es lo que cuesta, es el beneficio de aprendizaje que representa. Una comida no es la cantidad, es la nutrición. Un par de zapatos no son la marca sino la comodidad. La vida no está en lo que se

compra, está en lo que se ve y aprende. De aquí que rico es quien está contento con lo que tiene, no por conformista sino porque ha entendido el real sentido de eso que tiene y por ello le da valor de uso y ahorro. De nada vale tener si no sabemos el sentido de eso que tenemos.

Jacques Lacan, el psicoanalista posfreudiano, habla de un sujeto moderno que se mantiene en estado permanente de insatisfacción, y que consume creyendo llegar a satisfacerse, pero no lo logra. Y esto se debe a que ha perdido su capacidad de ahorro, que no consiste en guardar sino en usar bien lo que se consume. A un mejor uso, necesariamente aparece un ahorro que le permitirá hacer inversiones el día de mañana. Si aprendo a usar bien un papel, por ejemplo, terminaré sabiendo cómo ahorrar en papel. Pasa igual en todas las actividades, en las que racionalizo el verbo: si camino, por qué camino; si compro, por qué compro, etc. La razón nos ha hecho previsivos y lógicos, y la lógica es hacerse una pregunta antes de dejarse llevar por el deseo.

El hombre se humaniza ahorrando, es decir, consumiendo lo que realmente necesita. Y ese consumo exige que no haya daños colaterales ni obedezca a un mero deseo. Y a que sea capaz de relacionarse sin consumir, a fin de aprender del otro. Hay dos en un parque, conversan, ponen en común lo que saben con respecto a algo. Cuando se levantan para irse cada uno a casa, han salido

enriquecidos: lo que se han dicho, lo que han ahorrado en el tiempo en que no estuvieron consumiendo cosas, les ha permitido acceder a la riqueza real: lo que sabemos para que la vida no sea un mero episodio de gente que corre. La vida es sentirnos vivos. Y este sentimiento de vida es algo que no se vende en ninguna parte.

¿Tiene futuro el humanismo?

Carlos Mario González¹

La apuesta fundamental del pensamiento humanista en todas sus versiones históricas es la que apunta a la reivindicación de la dignidad esencial del ser humano, lo que se traduce en una valoración del individuo y en una optimista visión sobre las posibilidades de esta criatura para hacer una buena vida, tanto personal como colectiva. El humanismo renacentista, por ejemplo a través de Pico de la Mirandola, al interrogarse por lo que singulariza y le asigna un valor propio al ser humano, responde que es precisa y paradójicamente no estar provisto por la naturaleza de una identidad propia, lo que lo destina a tenerla que forjar por sí mismo, siéndole posible enrutarse hacia su perfección, para lo cual debe saber decidir y elegir bajo su responsabilidad el camino que ha

1 Miembro de la Corporación Cultural Estanislao Zuleta. Profesor de la Universidad Nacional.

de encauzar su existencia. Es esta incertidumbre frente a su destino la que, piensan los humanistas renacentistas, hace de la criatura humana la más espléndida de todas: “He leído en los antiguos escritos de los árabes, padres venerados, que Abdala el sarraceno, interrogado acerca de cuál era a sus ojos el espectáculo más maravilloso en esta escena del mundo, había respondido que nada veía más espléndido que el hombre. Con esta afirmación coincide aquella famosa de Hermes: ‘Gran milagro, oh Asclepio, es el hombre’”. El humanismo representa la confianza en las dotes, el valor y la excelencia del ser humano, y lo asume como artista de sí mismo en tanto no depende del solo designio divino. En esta misma línea se halla Sartre al decir: “Por humanismo se puede entender una teoría que toma al hombre como fin y como valor superior (...) El existencialismo no tomará jamás al hombre como fin, porque siempre está por realizarse”. El humanismo hace de todo lo concerniente a lo humano objeto de su atención y de su estudio, resaltando en el individuo su libertad como condición para la creación y la autocreación. De ahí que tenga como ideal proveer una educación que permita avanzar hacia la perfectibilidad, educación que debe desarrollar, en consecuencia, la potencialidad humana para crear el mundo en el que habita y para automoldearse, de donde deriva el propósito fundamental que debe regir todo proceso formativo que haga de la vida lo esencial: me refiero al que alude a

mejorar los vínculos interhumanos y a cualificar nuestra condición, tanto individual como social. A este respecto, son emblemáticas de la posición humanista las palabras de Goethe que rezan: “El hombre debe desarrollar todas sus capacidades humanas —sus sentidos, su razón, su imaginación, su comprensión— en una unidad real”.

Aspirar a una educación que contribuya a materializar en términos contemporáneos el viejo ideal humanista de dignificación de la humanidad y de cualificación del individuo, requiere advertir que hay un recorrido histórico del humanismo que obliga a matizar las diferencias que se presentan entre el humanismo greco-romano, el renacentista y el ilustrado, teniendo en consideración las dos variantes de este último que representaron el liberalismo y el marxismo, hasta derivar a nuestro presente, tiempo que reclama un humanismo de nuevo cuño. No sobra agregar a esto que la pregunta por si el cristianismo puede ser considerado una concepción y una práctica humanistas, se responde según lo que se priorice como esencial en la experiencia humana, pues una cosa es estar convencido de que esta vida es una degradación frente a la “otra”, lo cual reduciría la práctica cristiana al acatamiento de una moral preparatoria de la “verdadera” vida que se consumaría en la eternidad, siendo muy difícil asignarle el calificativo de humanista a una visión que desdice de los goces de la existencia

carnal; pero si, como acontece con el cristianismo propugnado por algunos teólogos contemporáneos que reconocen el pleno derecho de la criatura humana a asumir esta vida en función de las dichas inmediatas que ella puede deparar, entonces ahí, quizás, sí se podría hablar de un humanismo cristiano. Sin embargo, dejando de lado este tipo de disquisiciones, se puede decir que, en síntesis, han existido tres grandes bloques históricos del humanismo: el antiguo, el renacentista y el moderno, precisando, eso sí, que para los dos primeros la dignidad humana es un asunto de élites privilegiadas, mientras que para el último es algo universal, que integra, sin excepción, a todo ser humano. Incluso, afinando la mirada, se puede afirmar que los antiguos enaltecían al hombre en función de ser ciudadano de la polis, en tanto que los renacentistas lo hacían en consideración a su capacidad de llevar a cabo una obra inmortal (digo bien: inmortal, no meramente famosa), y los modernos lo llevan a cabo a nombre del logro de una buena vida.

Ahora, si el ser humano es enaltecido por la visión humanista, cabe preguntarse: ¿qué determinaciones se le han asignado a lo largo del tiempo para dar cuenta de esa condición especial que lo constituye, es decir, a qué se le ha atribuido que sea lo que es y no simplemente una forma más de la vida animal? Básicamente cinco han sido las respuestas: la primera lo asume

como un ser especial a partir de disponer de la razón como rasgo connatural suyo; la segunda lo denota en su especificidad gracias al designio divino: Dios habría distinguido al ser humano y le habría asignado calidades exclusivas, en tanto fue privilegiado como su criatura elegida; la tercera, promovida en la modernidad, busca en la naturaleza (su configuración genética, su disposición neurológica, etc.) lo que por excelencia marca en forma singular al ser humano; la cuarta resalta como determinación fundamental de lo que somos los términos histórico-sociales en que se forja cada existencia concreta; la quinta, y última, señala como característica estipuladora de lo humano su condición de ser-del-lenguaje, con lo cual se reconoce como tal a todo aquel ser que habla, que está destinado a hablar o que descende de hablantes (como este texto está dirigido a lectores no necesariamente versados en los dominios de la filosofía y del lenguaje, conviene evitar un posible equívoco: al decir “hablar” no me refiero a la ejecución fonética sino a la inscripción en una lengua que, a su vez, posibilita la constitución a posteriori de lenguajes no verbales, de tal forma que, por ejemplo, un mudo habla, en tanto está inscrito mínimo en una lengua y goza de la posibilidad de otros lenguajes, bagaje todo este del habla que ha sido transmitido por los hablantes que le antecieron en la experiencia humana y lo recibieron en el mundo). Entre estas maneras de entender la

determinación que signa y especifica lo humano, hay algunas (las que hablan de la razón, de Dios o de la naturaleza) que terminan resaltando una esencia, en el sentido de algo eterno e inmutable, constituyente de lo humano, mientras que otras (las que afirman la primacía de lo histórico-social o la inscripción en el lenguaje) niegan cualquier esencialismo, señalando que, por principio, el ser humano viene a la vida y se instala en el mundo siendo “nada”, de tal manera que lo que llegará a ser y la existencia que disfrutará o padecerá serán efectos de los avatares de su historia personal, historia que se despliega desde la inscripción en el lenguaje que le deparan quienes lo acogen como recién llegado, dándose todo esto en el marco de una historia social precisa y particular. Registro en el lenguaje que lo estructura como sujeto, contexto histórico-social y vicisitudes de la historia personal, articulan la doble faz que cada uno de nosotros posee: la de ser singulares y la de reconocernos en una universalidad; la de ser semejantes a los otros humanos y la de ser diferentes con respecto a los demás. Doble rostro que debemos saber integrar para realizar nuestra propia existencia contando, al mismo tiempo, con la de nuestros congéneres.

Pero, ¿tiene el humanismo todavía lugar en nuestro tiempo y en el futuro? ¿Qué puede ser el humanismo después de las barbaries a las que hemos asistido en el siglo XX y en lo que va corrido

del nuestro? ¿Ha caído en lo iluso la esperanza puesta en una humanidad libre, justa, digna, razonable y benévola? ¿Y, si aún es tiempo para el humanismo, cómo definir este hoy por hoy? Tratar de responder a estas preguntas nos exige antes que nada precisar que el humanismo no ha sido un credo religioso, ni un sistema filosófico, ni una doctrina política, ni un movimiento social, no habiendo sido otra cosa que una aspiración que ha fungido como un ideal. Dicho esto, conviene precisar que si la humana es la criatura que debe responder por su destino, una posición humanista, acorde con nuestro tiempo y nuestros logros, debe plantear un saber y un hacer del ser humano al servicio del mismo ser humano y de la vida en general, esto es, que nuestra práctica y nuestro conocimiento sirvan para cualificar nuestra existencia y para garantizar las condiciones de la vida, incluyendo en estas las del planeta. La reflexión y la acción humanistas propias de nuestra época deben contribuir a la supervivencia y el perfeccionamiento posible del conjunto de lo humano y de cada individuo en particular, asumiendo que lo que beneficie a la humanidad toda redundará en beneficio de la suerte de cada uno. La consigna humanista de ser capaces de alcanzar una buena vida colectiva y personal, parte del principio de saber valorar y saber gozar de forma lúcida esta única, frágil, efímera e irreplicable vida que a cada cual le ha sido legada.

Un humanismo válido para el presente no reconoce la cualificación de unos pocos, sino que reivindica la de todos, para lo cual es menester que los mejor dotados en conocimiento y capacidades aporten a los demás, en aras de contribuir a acrecentar en estos las posibilidades de realización vital, esquivando esa forma de la indiferencia y la insolidaridad, que consiste en monopolizar egoístamente las riquezas espirituales y materiales a las que uno ha tenido acceso. Un humanismo de tal talante no sólo convoca a un saber estar juntos, sino a conquistar esa forma de la dicha que está expresada como goce solidario. Cae de suyo que este humanismo sólo se puede desplegar en el seno de una sociedad efectiva y realmente democrática, es decir, una sociedad que posibilita el cultivo racional y afectivo de sus ciudadanos; que depara las condiciones materiales requeridas para una vida digna; que respeta el lugar del deseo en cada sujeto, en tanto fuerza constituyente de su destino; que promueve y propicia la participación ilustrada del ciudadano en la forjación del rumbo colectivo; que les asigna a los saberes científico-técnico y humanístico-social una función civilizadora, y exalta la palabra en su disposición racional y argumentativa como el recurso por excelencia para tramitar la ineludible conflictividad humana y el inextinguible malestar que nos define en las relaciones que tenemos con nosotros mismos y con los demás; en fin, democrática —y, por tanto, humanística— es una sociedad que sabe atender para cada uno de sus

miembros, y desde lo más temprano de sus vidas, la potenciación de sus facultades intelectuales y anímicas, acendrando en ellos la convicción de que la vida dichosa de los demás es condición para la dicha de la propia. Empero, un proyecto humanístico pertinente a nuestra época debe contemplar el aporte al conocimiento de la condición humana que nos han ofrecido saberes como el estructuralismo, la lingüística, el psicoanálisis, el marxismo, etc., los cuales nos han advertido que cualquier proyecto que pretenda la realización del ser humano debe reconocer que este es un sujeto estructuralmente escindido e incompleto, habitado por pulsiones eróticas y tanáticas, además de estar cruzado de manera inevitable por el conflicto y el malestar. Esta visión de lo humano nos resguarda de idealizarlo o de concebirlo como una entidad esencialmente buena y sólo circunstancialmente ganada por el mal, y de igual forma nos llama a ser cautelosos con respecto a la creatividad humana, pues esta no es en sí misma un valor positivo, dado que puede estar al servicio de lo mejor, pero también de lo peor; dicho de otra manera, que la inteligencia, el conocimiento y el talento no necesariamente favorecen la afirmación de la vida humana, siendo posible que en ellos radique más bien lo que la puede degradar y envilecer. De ahí la importancia de no hacer un culto en abstracto al genio, a la sabiduría o a la investigación, pues siempre conviene preguntarse por qué y para qué son sus manifestaciones.

Hoy se invoca, en consecuencia, un humanismo que, partiendo de considerar la ineludible e insuperable división del sujeto y la imperfección estructural que lo constituye, sepa aceptar que la formación de lo humano siempre se dará en un “campo de combate” respecto de lo que habrá de primar en él. En razón de lo anterior, apostar por la benevolencia y perfectibilidad del ser humano y de sus vínculos no quiere decir que se suponga que él dispone de una esencia buena o perfecta, sino que se puede luchar para que estas tendencias y posibilidades suyas prevalezcan sobre las contrarias. No obstante, un humanista no se puede confundir con un ser carente de pulsión de muerte, ya que esta es la que, paradójicamente, le depara esos atributos que le permiten responder y enfrentarse a la injusticia, atributos tales como el inconformismo, la indignación, la fuerza para luchar, la capacidad de enemistad, etc. A propósito de esto, conviene remarcar que un humanista no es un dechado de rubicunda tolerancia y de angelical serenidad, que, más bien, cuando las circunstancias lo exigen no duda en sacar a relucir su disposición a enfrentar la injusticia o demarcar terrenos con respecto a quien sólo le merece el sentimiento de la enemistad, tal como, para ejemplificar, nos lo muestra ese humanista excelso que fue Camus, al dirigirse a un antiguo amigo con el que rompe el vínculo amistoso, cuando éste se convierte en militante del nazismo y participa

en la invasión a Francia: “Ahora le consta ya que somos enemigos. Es usted el hombre de la injusticia y no hay nada en el mundo que aborrezca tanto mi corazón (...) Por eso mi condena será total, ha muerto ya usted a mis ojos (...) Y a pesar de ustedes, les seguiré llamando hombres. Por permanecer fieles a nuestra fe nos esforzamos en respetar en ustedes lo que ustedes no respetan en los demás”. Bello testimonio de un humanista que en nada desmiente su humanismo cuando declara su enemistad y su combate a la deslealtad y a la canallada. Un humanista no es un alma angelical, carente de posición, criterio y decisión frente a la infamia, ni es alguien que sólo responde con el estoicismo bonachón, por el contrario, en él también tiene cabida la posibilidad del odio hacia quienes agencian un atropello a la dignidad humana, esquivando, eso sí, la vertiente bárbara del odio, esa que empuja a la destrucción literal del otro y optando, en su lugar, por la deriva civilizada de este sentimiento adverso, es decir, por aquella que trata de repeler el daño que el otro representa y que busca sostener la distancia respecto a quien se ha hecho acreedor al desprecio.

En su faceta positiva y afirmativa, el humanismo busca cualificar las relaciones del individuo consigo mismo, alentando en él el propósito de ponerse a la altura de sus propias posibilidades, al igual que pretende enaltecer las relaciones sociales mediante la promoción de valores como la justicia,

la democracia, la hospitalidad, la delicadeza, etc. Lo dice Thomas Mann: “El interés y la pasión por la humanidad, la dedicación al problema del ser humano... se preocupan de ambos aspectos, el de la vida personal e interior y también el de la organización de la vida humana en sociedad”, y lo refrenda al recordarnos: “Muchas de las calamidades de Alemania han sido el resultado del concepto erróneo de que era posible ser un hombre culto y apolítico”. Hay que insistir en que el humanismo de nuestra época tiene como objeto el ser humano —fuere el que fuere, sin excepción de ninguno— en lo concreto de su vida real, propugnando porque no sea un ser mutilado y propiciando para él la ampliación y realización de las posibilidades creativas y afirmativas que le depara su vida compartida con los demás. En este punto, el humanismo de nuestra época es taxativo al erigir como principio indiscutible la igual dignidad de todo ser humano, en gracia a su mera condición de ser humano, y al derecho que le asiste de potenciar y realizar sus posibilidades vitales. Lo que sí procede es no pasar por alto, en la tarea de resaltar el humanismo que nos compete defender hoy por hoy, la crítica que pensadores como Nietzsche, Heidegger y otros han hecho cuando se ha querido presentar la defensa de la dignidad del ser humano tomándolo como una esencia que sería el centro del universo y la medida de todas las cosas, con lo cual sólo se estaría refrendando la continuación de la

metafísica al hacer de él un ser superior, amo de sí y del planeta. Pero que no es necesaria esta sobrevaloración imaginaria del ser humano para reivindicar su dignidad y su valía, es lo que nos enseñan el psicoanálisis, la historia, el arte, etc., que lo desentrañan y lo presentan exactamente como lo contrario: como un ser sin esencia, descentrado, escindido, incompleto, que no es soberano del mundo ni siquiera de sí mismo, todo esto a partir del hecho de que su ser no está ahí con él, sino que es lo que no cesa de venir con el lenguaje, lo que nunca deja de rehacerse a partir de la falta que lo constituye. En este punto cabe que hable Heidegger: “La palabra —el habla— es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los poetas y pensantes son los vigilantes de esta morada”.

El proyecto humanista, por consiguiente, pasa por la capacidad de construir una estructura económica, social, política y cultural que permita, por lo menos, consumir los siguientes logros:

1. Llevar a su mínima expresión el ejercicio de la violencia, sea legal o ilegal.
2. Propiciar el desarrollo y la realización de las posibilidades humanas, tanto individuales como sociales.
3. Favorecer en el sujeto la apuesta por su deseo, asumiendo y contando con el carácter inconsciente de éste.

4. Asignarle un lugar decisivo a la racionalidad.
5. Situar a cada persona a la altura del conocimiento alcanzado por la humanidad y alentar la función civilizadora del mismo.
6. Garantizar para cada uno el derecho a ser un sujeto moral.
7. Defender la dignidad integral de la persona humana.
8. Reivindicar la dignidad de todo ser humano.
9. Propender por una ciudadanía democrática en el seno de una sociedad que acate los principios de la justicia, la libertad, la igualdad y la solidaridad.
10. Reconocer el carácter universal de la condición humana (principio de semejanza) y las formas singulares de su realización (principio de la diferencia).
11. En tanto proyecto perpetuamente inacabado, habituar a una actitud permanente de revisión crítica y alentar la capacidad para encarar las transformaciones pertinentes.
12. Enarbolar como bandera indeclinable de acción la defensa irrestricta de los derechos humanos.

Para terminar, hay que enfatizar en que este ideario, que traza un horizonte de perfectibilidad para los seres humanos y su sociedad, requiere

cambios de mentalidad y procesos formativos que permitan reconocer la urgente necesidad de cerrar la brecha entre las dos culturas intelectuales —que hoy no quieren saber una de la otra—, la científico-técnica y la humanístico-social, pues ambos dominios del saber son fuerzas decisivas e imprescindibles para el cometido de cualificar y dignificar la experiencia humana, separación funesta de los saberes que nos entrega a un ser humano amputado en su conocimiento, incapaz de tomar este como un recurso integrador de la propia persona y de la sociedad misma. Dejando atrás el vocabulario imperante y sin ánimo de hacer un mero juego de palabras, conviene recordar que el conocimiento científico-técnico bien puede considerarse como saber humanístico allí donde contribuye a enriquecer y amplificar lo que somos, mientras no es nada insólito que el conocimiento humanístico ejerza el papel de antihumano cuando se aplica al examen parcelado del ser humano, llámese este examen desarticulado filosofía, política, historia, etc. Se impone, por tanto, avanzar en la dirección que conduce a reconocer las ciencias y las técnicas como lo que pueden ser: saberes humanos, al tiempo que estamos requeridos a evitar el antihumanismo por el que cada vez más se despeñan, particularmente en virtud de las modalidades académicas, los pretendidos y autodenominados saberes humanos. Sólo tendiendo puentes y rehaciendo la

comunicación entre los saberes científico-técnicos y los humanístico-sociales, podemos sostener la vigencia del humanismo para nuestro tiempo y para el futuro, reiterando que se trata de un humanismo que toma al ser humano concreto, al de carne y hueso, en el uno por uno de una singularidad que a nadie exceptúa, en la dimensión integral de su existencia, y que no se entrega al narcisismo arrogante de creerse amo de nada, pues se sabe reconocer y aceptar como una criatura fortuita, vulnerable y efímera.

Juego y trabajo... trabajo y juego...

Pues bien, voy a decirle mi propia explicación. Este abuelo es zapatero como Usted me cuenta, entonces debe ocurrirle como a Euclides, que sólo cree en su obra, en su calidad, cuando los otros, sus clientes, la gozan, la lucen. La calidad del zapato está en tres cosas, que sea hermoso a la vista, que sea suave como un guante para el pie, y que no se deforme pronto, que sea fuerte. Pero estas cosas no están en el zapato, sino en su uso, son valor de uso. Son comunicación humana.

Y yo le digo a la profesora, en el trabajo del artesano, sea santero, zapatero o joyero o sastre, etc., hay por dentro algo o mucho de arte, es decir, de juego, de invención, de adivinanza. Así que el trabajo lleva por dentro el juego y entonces el derecho al trabajo, es derecho al trabajo y al juego a la vez.

Por eso en el idioma hindú antiguo, el sánscrito, hay una sola palabra para decir juego y trabajo a la vez: “Ramamila”, no hay dos palabras.

**Tomado del libro *La Maestra*, de Nicolás
Buenaventura Alder**



www.confiar.coop